

LUIS M^a MENDIZABAL, S. J.

EL OFRECIMIENTO DEL APOSTOLADO DE LA ORACION A LA LUZ DE LA TEOLOGIA ACTUAL DE LA REDENCION

2.ª edición

1990

EDITORIAL EDAPOR

MADRID

TEMAS

5

Con las debidas licencias

@ Editorial EDAPOR

Núñez de Balboa, 115 - I." E - 28006 MADRID **I.S.B.N.:** 84-85662-45-8

Depósito legal: M. 22.331-1986 Impreso en España - ***Printed in Spain***

Gráficas Don Bosco. Arganda-del Rey (Madrid). Teléfono 227 46 42

INTRODUCCION

*El objetivo fundamental que se propone el Apostolado de la Oración no es algo marginal dentro de la Iglesia y, por tanto, exclusivo de cierto grupo en ella. Lo que promueve es lo más central del espíritu cristiano. Pretende reavivar en el pueblo de Dios la dimensión redentora de la existencia cristiana. La verdad fundamental que marca y cristaliza la espiritualidad del Apostolado de la Oración es que **todo redimido por Cristo está llamado a ser redentor con Cristo por la oblación de su propia vida, unida a la oblación de Cristo con las disposiciones de su Corazón redentor:***

Ser apóstol de la palabra o de la pluma, ser evangelizador o misionero, contemplativo o penitente, no es esencial al ser cristiano, sino objeto de una concreta vocación en el Cuerpo Místico. En cambio, es esencial ser redentor con Cristo por la oblación de su vida (Rom 12,1-3); primero en forma general como disponibilidad total para hallar y conformarse con los planes del Señor; y luego como oblación de la existencia, mantenida en el cumplimiento fiel de la propia vocación, en unión con Cristo.

El Apostolado de la Oración es una Asociación eclesial formada por personas que han sentido con especial viveza esa realidad cristiana. Y sus cuadros activos los forman personas que han juzgado digno el dedicar su vida a la promoción y ayuda de esta dimensión fundamental del cristianismo.

Así como el espíritu misionero está en la naturaleza del ser cristiano y las Obras Pontificias Misionales son el instrumento eclesial por excelencia para mantener vivo ese espíritu, de manera análoga ser redentor con Cristo por la oblación de la vida es connatural al ser cristiano; y el Apostolado de la Oración como organización es el instrumento eclesial por excelencia para mantenerlo vivo.

*Conviene, por tanto, en lo que se refiere al Apostolado de la Oración, distinguir siempre tres niveles: a) el **espíritu**; b) las **prácticas** que formulan y expresan, en el tiempo y circunstancias concretas, los matices y aspectos diversos que integran el espíritu; c) la **organización asociativa** eclesial, que surge del espíritu y tiene como finalidad vivir mejor el espíritu, promoverlo y extenderlo.*

I. EL MISTERIO DE LA REDENCION Y NUESTRA COLABORACION

El misterio de la redención ocupa el centro del cosmos, de la historia y de la Iglesia. Como Juan Pablo II lo ha recalcado frecuentemente, la misión fundamental de la Iglesia se centra en la redención: en acercarla a cada hombre y en acercar cada hombre a ella. Contemporáneamente se toca lo más profundo del hombre: la esfera misteriosa del corazón humano. La redención es obra de amor y manifestación de amor. Misterio tremendo del amor de Dios. Es misericordia y justicia. Es al mismo tiempo entronización de Cristo Rey.

Para designar este misterio hay diversos nombres: *redención, reconciliación, salvación, reino de Cristo, nueva creación*. Cada nombre tiene su significación matizada. Pero en el uso común se intercambian designando todo el misterio. Con cada uno de ellos se pueden designar dos etapas de la realidad que expresan: el acto originario y el estado resultante. Así la redención puede designar el acto redentor o la redención hecha. Puede designar, por

tanto, el acto salvador, instaurador del reino, neo-creador o la salvación realizada, el reino de Cristo establecido, la nueva creación en su ser permanente.

La redención de hecho se realiza en dos etapas diversas, pero relacionadas entre sí. **Primera etapa:** en los días de la carne de Cristo, que comienza bajo el corazón de la Virgen, en su "fiat"; continúa a lo largo de toda su vida mortal; y se consuma en el sacrificio cruento de la cruz; pero la redención no queda totalmente concluida. **Segunda etapa:** comienza con la glorificación de Cristo y se desarrolla a lo largo de la historia, especialmente por el ministerio de la Iglesia. La terminación suprema se realizará en la Parusía. Sin forzar las cosas se puede decir que el Apostolado de la Oración es **la obra eclesial de la colaboración universal a la redención**. Es, por tanto, deber del Apostolado penetrar y asimilar asiduamente este misterio y transmitir gozosamente a todos los fieles su anuncio y la llamada a dejarse interpelar por él hasta el fondo, asumiendo la responsabilidad de prestar su propia persona a la colaboración en los planes portentosos de Dios.

II. EL ACTO REDENTOR DE JESUCRISTO

La obra de reconciliación de Jesucristo se sintetiza en esta fórmula: Jesucristo, el Hijo de Dios e Hijo de María, en su amor misericordioso al hombre: 1) hecho uno de nosotros, 2) ofreció su vida por nosotros con Corazón redentor, **3)** siendo constituido Rey (Kyrios, Señor).

1. Hecho uno de nosotros

El presupuesto fundamental de la redención es la unidad y solidaridad del género humano. Ni el pecado original, ni la redención son inteligibles prescindiendo de la *unidad del género humano*.

No sería Apostolado de la Oración (A. O.) un movimiento que promoviera solamente la penetración *intelectual* del misterio de la redención en sus etapas. El A. O. muestra la *necesidad de colaboración*, la belleza de tal invitación y la iniciación *vital* y *al alcance de todos* para empeñarse personalmente en tal colaboración. Es, pues, fundamental en el A. O. una verdad-clave de la fe cristiana: que es **posible** y **necesario colaborar en la redención**.

Todos los hombres somos verdaderamente uno. Como miembros de una familia. No somos una agregación de personas procedentes de orígenes diversos; sino "una carne", como los hijos que vienen de los padres. La historia de cada uno de nosotros no empieza con nuestra vida personal, sino que nuestro cuerpo, -que no ha sido creado de la nada-, tiene su historia que arranca desde la primera existencia del hombre sobre la tierra. Está tejido por nuestros antepasados. Si alguien fuera creado enteramente de la nada no tendría pecado original, porque no tendría conexión alguna con la humanidad, sino sólo semejanza.

Correspondientemente hay que discurrir sobre la redención. Un Jesucristo con una humanidad creada de la nada, no sería "uno de nosotros" y no podría redimirnos más de cuanto pudiera redimirnos un ángel. Era necesario que fuera "uno de nosotros" (Gal 4,4; Hb 2,14-17). De ahí el lugar clave de María, de quien recibe Jesús el ser "uno de nosotros".

Este sentido de **personalidad** y de **solidaridad** es fundamental también para entender el amor que el Padre nos tiene y el que nosotros hemos de tener. El Padre nos ama con amor personalísimo, pero dentro de la unidad de la humanidad. Las imágenes en torno a la redención conjugan estos dos elementos. Jesús describe el amor *personal* que tiene a cada oveja llamándola por su nombre; pero la ama *en el rebaño* del que es pastor. Oveja en el rebaño. Personalidad en la comunidad.

"Ser uno de nosotros" implica no sólo una unión ontológica, de raza, sino también una unidad de solidaridad y de amor, que hace vivir cordialmente dicha unidad. Tal es el orden de las cosas. Y tal será la actitud redentora de Jesucristo.

2. Ofrece su vida por nosotros con corazón redentor

Es la actuación de solidaridad redentora que Jesús ha vivido psicológicamente con corazón redentor. Ofrece su vida en expiación por la humanidad¹. Los textos fundamentales de la revelación son:

Jn 10,14-15: «Yo soy el buen pastor y conozco mis ovejas y las mías me conocen, como me conoce mi Padre y yo conozco a mi Padre; y doy mi vida por mis ovejas.»

Mt 20,28: «El hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir, y a dar su vida en redención por muchos.»

1 Cor 15,3: «Cristo murió por nuestros pecados».

Gal 2,20: «Me amó y se entregó a la muerte por mí».

Hb 10,5-10: «Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios no te agradaron; entonces dije: "Aquí estoy dispuesto – pues así en el comienzo del libro está escrito de mí- quiero hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad". En virtud de la cual voluntad hemos sido santificados por la oblación del Cuerpo de Cristo de una vez para siempre».

La redención no es simplemente un acto divino, a la manera de la creación, un mero perdón concedido desde arriba. La redención es un *acto humano*, el acto de la oblación de sí mismo, realizado por "uno de nosotros" en favor de todos nosotros (cf. Jn 11,50). Puede decirse con expresión teológicamente correcta que *en uno de sus miembros la humanidad se redimió a sí misma*. Pero, evidentemente, es el acto humano de *una persona divina*, que debemos analizar.

Ya en ocasión de las curaciones milagrosas de Jesús, imagen de su acción redentora, destaca san Mateo (8,17) que en estas curaciones «se cumplía lo anunciado por el profeta Isaías: "Él tomó nuestras flaquezas y llevó nuestras enfermedades», haciendo ver que no era mera curación poderosa, sino que el Salvador tomaba sobre sí nuestras enfermedades y nuestros pecados.

La escuela teológica de J. M. LeGuillou, O.P. ha dedicado especial atención a la teología de san Máximo Confesor. Hace observar que fue mérito de san Máximo haber centrado la

¹ (1) Cfr. W. KASPER, *Jesus der Christus*, Mainz 1974, p. 256.

meditación de la Iglesia en la Oración del Huerto para entender que la redención fue obra de *la voluntad humana de Jesucristo*. Cuando el Concilio Constantinopolitano III definió la voluntad humana de Jesucristo, no lo hizo por el prurito de dirimir una cuestión bizantina, sino movido por la firme persuasión de que negar la voluntad humana libre de Jesucristo era negar la redención verdadera. La redención es obra de la *voluntad humana* de una persona divina².

Pero hay un paso más. Podemos matizar aún que la redención es la obra del *corazón humano* de una persona divina. Con esta formulación en primer lugar se matiza lo que es la "voluntad". Pero además se penetra más hondamente en el concepto de solidaridad vital y de redención.

En efecto, la meditación contemplativa del Huerto nos lleva a ver allí no sólo un acto de voluntad sino un amor solidario humano, heroico, de una persona divina. Jesucristo no sólo ha aceptado con la voluntad la muerte y ha ofrecido con la voluntad su cuerpo mortal, sino que lo ha ofrecido "por nosotros", en sentido de *amor verdadero*: «Me amó y se entregó a la muerte por mí». Sólo el amor asume verdaderamente la vida de otra persona y su actitud ante Dios. No es sólo una compasión desde fuera, sino el lugar del pecador, su actitud misma ante Dios, porque por amor se identifica con él³. De ahí la tristeza, temor y tedio del Huerto.

Para el valor redentor en favor de otros es necesario el amor humano de una persona divina que asume la vida y los pecados del mundo en la grandeza de su oblación amorosa solidaria. Cuando decimos que Jesús sufrió por amor, no queremos decir únicamente que sufrió con paciencia y con voluntad fuerte, sino que sufrió por *amor personal a mí*, a cada hombre, asumiendo mi vida y mis pecados en su corazón. Ofrece su vida y su muerte *con corazón redentor por cada hombre*.

Pero Jesús no sólo ha ofrecido su muerte con amor redentor, sino que ha ofrecido "su cuerpo" (Hb 10,10), es decir, todo su ser mortal; recalcando la corporeidad, la mortalidad. Juan Pablo II comentaba: «Esta oblación ha dado unidad y sentido a toda la vida de Jesús. Los mismos dolores y muerte en la cruz no son redentores por sí mismos, sino por la oblación redentora con que Jesús los ofreció»⁴.

Es un aspecto importante. La actividad salvífica de Cristo fue múltiple: además de reconciliarnos con el Padre, nos enseñaba el comportamiento cristiano, oraba por nosotros, nos daba ejemplo de vida. Pero toda la vida de Jesús en todas sus actividades diversas fue *formalmente redentora* por la oblación cordial con que la ofreció desde su entrada en el mundo y la mantuvo siempre.

Esa misma oblación de corazón redentor, -añade el Papa-, la mantiene Jesús en el cielo y en el altar. Continúa ofreciéndose con el mismo amor de su corazón humano redentor. Y a esa oblación de Cristo -concluye Juan Pablo II- debe unirse nuestra pequeña oblación

² Cf. M. J. LE GUILLOU, *La teología del Corazón de Cristo, plenitud de la Cristología*, en "Cor Christi", Bogotá 1980, pp. 386-392; M. LETHEL, *La Théologie de l'Agonie du Christ*, París 1979.

³ Cf. HOFFMANN, *El misterio de la "sustitución" como centro del cristianismo*, en "Cor Christi", Bogotá 1980, pp. 393-439.

⁴ Cf. JUANPABLO II, Homilía en el Nou Camp, sobre la identidad del cristiano, en *Mensaje de Juan Pablo II a España*, Madrid 1982, pp. 204-205.

cristiana. Es lo que enseña el A.O., que aprende de la oblación redentora de Cristo el estilo de su propia oblación corredentora.

3. Siendo constituido Rey (*Kyrios*, Señor)

San Juan ve en la cruz la entronización de Cristo. Destaca el título de la cruz y las referencias a su realeza a lo largo del proceso ante Pilatos. Pero no es rey de este mundo. Ni se trata simplemente del reinado que le corresponde como Hijo de Dios Omnipotente. Es *Rey de amor*, a través del testimonio que ha dado muriendo por nosotros. Testimonio del amor del Padre que se nos revela en su propio amor redentor. Nos ha revelado, declarado y ofrecido el amor de Dios y puede pedir que amemos a Dios y nos dejemos poseer por su amor.

Tal es el verdadero reinado de Jesucristo, no a la manera de los poderes de este mundo, sino por el testimonio de la Verdad, la cual es el amor del Padre revelado en su Hijo Jesucristo que da la vida por nosotros pecadores. Quiere que aceptemos su amor, que creamos en Él, que nos entreguemos como suyos por amor, de modo que Él sea nuestro. Y eso no sólo individualmente, sino como miembros de una familia humana que es realmente una. El reinado de Jesucristo es una *civilización del amor de Dios*, difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.

III. LA REDENCION EN MARCHA

Juan Pablo II afirmaba en torno al Año Santo que la redención, iniciada con el "Fiat" de María y culminada en la oblación de la cruz, se desarrolla a lo largo de la historia principalmente por el instrumento de la Iglesia. Esto quiere decir que la gran tarea de la redención no está terminada. Y que el plan divino, tan amante de asociar al hombre a la terminación de sus obras, es también en este caso que el hombre colabore a la redención.

En concreto, podemos decir que el fruto de la redención ya obtenido (la Iglesia) es asumido como instrumento unido a Cristo para llevar a término la misma redención, tanto en su dimensión individual o santificación plena, como en su dimensión social y colectiva o nueva humanidad.

El tema presenta dificultades desde dos puntos de vista: desde la "incompleción" de la redención de Cristo; y desde la "aportación" del hombre a la redención. Pero ambos aspectos son fundamentales. Los expresa la densa frase de san Pablo: «*Cumplo* en mí lo que *falta* a la pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24).

La dificultad surge teológicamente de la afirmación paulina de que "uno solo es el mediador", el hombre Cristo Jesús (1Tim 2,5). Ahora bien; el sentido de esta afirmación paulina no es el de excluir otras aportaciones válidas, sino el de proclamar que toda aportación a la redención arranca de, pasa por, y tiene su fuerza del hombre Cristo Jesús.

De ninguna manera se puede pretender aportar desde fuera una riqueza o energía distinta de la de Cristo que complete lo que a la de Cristo le falta en su entidad. No se trata de algo *complementario*; sino de la realización de sus efectos en la línea de unión con él y de actuación plena de lo que de él deriva a nosotros. Se trata de «llevar a cumplimiento», de dejar que en nosotros «se realice plenamente el fruto de la redención».

Jesucristo ha padecido, no simplemente sustituyéndonos a nosotros, sino en solidaridad con nosotros; y no para que nosotros no padezcamos, sino para enseñarnos a padecer y para potenciar nuestro padecimiento; de manera que éste sea redentor unido al suyo, en el misterio de su vida en la Iglesia, hasta la Parusía⁵.

Jesucristo terminó la obra que le confió su Padre. Por ella mereció su glorificación. Esa glorificación no es el simple «estar sentado a la diestra del Padre» en una contemplación beatífica y alienante. Significa haber sido constituido **Kyrios**, Cabeza de la Iglesia, con todo poder en el cielo y en la tierra para llevar a término la plenitud de la salvación por el instrumento de su Cuerpo, que es la Iglesia, asumida como esposa suya. Es la segunda etapa de la redención. Precisamente la última y suprema obra de Cristo en su vida mortal fue la institución de la Iglesia como instrumento que quedara sobre la tierra, a través del cual él, glorioso, continuará su obra de redención. Es el tema teológico que vamos a desarrollar.

Falta algo a la pasión de Cristo, en cuanto la pasión de Cristo requiere, por su misma energía interior, que nosotros, en fuerza de la pasión que nos hace participar, colaboremos en la obra redentora. Ninguna riqueza tenemos que no haya sido merecida y obtenida por la pasión de Cristo. Es la tensión que caracteriza la vida cristiana: es verdadera acción colaboradora; pero cuya eficacia viene toda de la pasión de Cristo que nos lleva a asociarnos a él.

Jesucristo, muriendo, forma su Cuerpo, su esposa la Iglesia, colaboradora de la redención, unido a la cual -como Cabeza- continúa su obra sobre la tierra. El momento cumbre de la escena del Calvario es la palabra de Jesús: «Mujer, fíjate bien: ¡es tu hijo!», y al discípulo: «Fíjate bien: ¡es tu Madre!».

En efecto, dice san Juan que «después de esto último, viendo Jesús que estaba cumplido cuanto tenía que hacerse según las Escrituras, dijo: "Tengo sed"». María y Juan al pie de la cruz representan la Iglesia constituida en la sangre de Cristo.

Cuando Jesús ha formado la Iglesia, ha terminado su obra mesiánica. Entonces grita: "Tengo sed", sed de dar el Espíritu Santo a esa Iglesia, Esposa suya. «E inclinando la cabeza entregó el Espíritu*», entrega el Espíritu Santo por su muerte redentora, como fruto de su redención. Es la conexión entre *muerte redentora* y don del *Espíritu Santo*, que aparece de nuevo simbolizada en la *sangre* y *agua* que brotan del costado de Cristo⁶.

La Iglesia nace de Cristo crucificado, fruto de su Sangre. Es asociada desde su nacimiento a la cruz redentora de Jesucristo. Es, por su ser mismo, redentora con él. Se inicia la etapa de la redención en marcha. Esta comienza con la resurrección de Cristo, ascensión a la diestra del Padre y don del Espíritu Santo a la Iglesia en Pentecostés. Es el establecimiento y extensión del reinado de Jesucristo Rey: «Siéntate a mi derecha hasta que ponga a tus enemigos como escabel de tus pies» (Sal 109, 1-2).

⁵ Cf. Juan Pablo II, "Salvifici doloris"

⁶ Sobre estos puntos, cf. 1. DE LA POTTERIE, *La maternità spirituale di Maria e la fondazione della Chiesa* (Gv 19,25-271, en "Gesú Verità, Torino 1973, pp. 158-164; *La sete di Gesù morente*, en "La Sapienza della Croce oggi", I, Leumann (Torino) 1976, pp. 33-49.

1. Reino universal y social

Jesucristo tiene derecho a la conquista de todo lo humano, y a través de lo humano a la conquista de todo lo creado, para establecer un reino de amor, una civilización de amor, como verdadero reino social. No tenemos certeza de que se llegará a establecer plenamente sobre la tierra. Pero tenemos que trabajar por acercarnos a él. La vida de entrega a Jesucristo debe tener repercusión social y expresarse en relaciones impregnadas por la caridad de Cristo.

Lo característico de este reinado de amor es que no puede imponerse por la fuerza. Invita los corazones a que se abran y acepten el amor sin límites. Y a través del corazón humano impregna todo lo que es humano.

Se deformaría el concepto de redención y de reino de Cristo si se redujera a la conversión individual de cada hombre y no se propusiera explícitamente redimir y salvar todo el humano en el orden familiar y social. De ahí el lema del A.O.: ***Adveniat Regnum tuum!*** grito que expresa un inmenso deseo formulado en forma de oración ardiente, que no se refiere sólo a la venida gloriosa de Jesús al fin de los tiempos, sino que anhela y pide el reinado progresivo de Jesucristo en los dos niveles, eclesial e individual, en los que la redención está todavía sin terminarse del todo.

2. Jesucristo en persona lleva la redención en la Iglesia

El Hombre Cristo-Jesús, Hijo de Dios, de corazón humano palpitante, Cabeza de la Iglesia, es el que lleva adelante la obra de la redención en la historia. ¡Es el Corazón de Jesús! La salvación no es una empresa impersonal. La lleva Jesucristo con corazón humano anhelante de la salvación de cada hombre y de la humanidad. Por la Iglesia y en ella se acerca personalmente a cada hombre. Así aparece Jesucristo en dos libros complementarios del Nuevo Testamento: en los Hechos de los Apóstoles (historia de la Iglesia a la luz de la fe) y en el Apocalipsis (descripción teológico-apocalíptica de la vida eclesial).

No hay que olvidarlo nunca, ni en la vida pastoral ni en la vida espiritual personal. No es que Jesucristo ha fundado la Iglesia y ahora va ella por su cuenta tratando de hacer lo que puede, mientras Jesucristo desde arriba contempla, a lo más, con benignidad. Cristo resucitado en persona lleva la batalla de la redención en cada corazón humano, sirviéndose de su instrumento, que es la Iglesia llena para ello del Espíritu Santo. La Iglesia es reino de Jesucristo, en sentido pregnante, aunque en su condición peregrinante y crucificada. Es la parte de humanidad unida a Cristo glorioso, que, llena del Espíritu Santo, se deja conducir por Cristo en orden a la plena realización de su reino.

En ella Jesucristo resucitado vivo está presente de muchas maneras: con sus inspiraciones, cuando nos reunimos en su nombre, en su palabra, en los sacramentos, en la Eucaristía con presencia real y sustancial.

Estamos envueltos en el misterio de Cristo vivo. Nos acorrala con su amor. Muy particularmente el misterio de la redención se hace presente sacramentalmente en la celebración del sacrificio Eucarístico, relacionado con la liturgia celeste, que es el sacramento de Cristo inmolado, de su caridad entregada hasta la muerte

3. La Iglesia colaboradora de Cristo glorioso

La Iglesia vive su colaboración a la redención, uniendo su vida a la de Cristo glorioso y asemejándose a él por la presencia de las actitudes de Cristo en ella, gracias a la presencia del Espíritu Santo, y según la imagen de la vida de Jesús en la tierra. Este principio es importante.

La actitud misma con que Cristo vivió su vida y mantiene ahora en su vida celeste la infunde en la Iglesia por el Espíritu Santo, moviéndola a vivir de esa manera. Se unen las dos cosas: la asistencia actual de Cristo y la imitación de su vida. La colaboración de la Iglesia a la redención se hace perpetuando en sí los misterios de la vida de Cristo sobre la tierra, renovando sus actitudes interiores.

A la manera de Jesucristo, la Iglesia, Cuerpo de Cristo, realiza funciones muy diversas en su misión de colaborar a la realización plena de la obra de Cristo, asistida por el Espíritu Santo. **Ora** como Esposa en la liturgia y en la oración de los fieles. **Evangeliza** por los predicadores. **Enseña** por sus Maestros. **Rige** la comunidad por sus Pastores. **Comunica** la gracia y el don del Espíritu Santo por medio de los Sacramentos. Realiza toda esta actividad unida a su Cabeza.

Pero la Iglesia tiene una forma de colaboración fundamental que se actúa bajo todas estas actividades, y que podemos llamar más específicamente **corredención con Jesucristo**. Es la entrega de sí misma en el Espíritu Santo por la salvación del mundo. Jesucristo la asume consigo y la entrega consigo poniendo en ella el fuego del Espíritu Santo, para que cumpla lo que falta a la redención del mundo, que es la oblación total de sí misma, reviviendo el ofrecimiento de Jesús al entrar en este mundo (Cf. Hb 10,5-10).

Jesucristo glorioso realiza en la Iglesia la entrega de sí mismo, y ofrece consigo la Iglesia, comunicándole por el Espíritu Santo su propia actitud de oblación que mantiene en el cielo y en el altar. Y a veces la asocia a su sacrificio cruento.

La Iglesia vive la inmolación de su vida por amor personal a Cristo y a los hombres, de los cuales se siente solidaria; es decir, **con corazón redentor**. De esta manera la Iglesia está capacitada para vivir los sacrificios espirituales, o sea: para dar a su existencia el mismo carácter sacrificial de la vida de Cristo. Teniendo presente que *sacrificial* no es lo mismo que *doloroso*, sino que significa entrega total de sí mismo en holocausto gozosamente vivido.

Esta preparación y ofrecimiento de la Iglesia como víctima pura unida a Jesucristo la presenta san Pablo en un texto inesperado, que muestra bien la profundidad espontánea de esta doctrina en el Apóstol: «Jesucristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella para santificarla, purificándola con el baño del agua por la palabra a fin de ofrecer él mismo una Iglesia gloriosa como él, sin que tenga mancha ni arruga...» (Ef. 5,27). Creo legítimo entender el "presentar" en sentido cúllico (cf. Lc 2,22), como ocupación principal de Cristo glorioso. La Iglesia es amada por Cristo para ofrecerla como víctima inmaculada, con las características de pureza exigidas en las víctimas⁷.

⁷ Cf. FULGENCIO RUSPENSE, *Libri ad Monimum* 2,12 (CCL 91,48): «Dios, al custodiar en ella (la Iglesia) su caridad difundida por el Espíritu Santo, hace a la Iglesia sacrificio agradable a sí mismo, que pueda recibir siempre la gracia misma de la caridad espiritual, por la que pueda *presentarse* a sí misma continuamente como hostia viva, santa, agradable a Dios..»

De manera semejante, dirigiéndose a los fieles de Roma les exhorta a que «ofrezcan sus cuerpos como hostia viva, santa, agradable a Dios- (Rom 12, 1-3; cf. Hb 10).

El Concilio Vaticano II presenta también así a la Iglesia (*Lumen Gentium*, ns. 10 y 34). Exhorta a los sacerdotes a que, con ocasión de la Eucaristía, enseñen diligentemente a los fieles a ofrecerse a sí mismos con la víctima del altar (P.O., ns. 2 y 5).

Y la Liturgia nos introduce vitalmente en esta vivencia espiritual recordándonos en el momento solemne del Canon esta dimensión esencial de nuestra vida cristiana, como hostia viva y ofrenda permanente.

El ofrecimiento de la Iglesia, como la oblación de Cristo en Hb 10,5-10, es una entrega incondicional y concreta del ser entero desde el corazón, pero recalando la corporeidad o mortalidad consecuencia del pecado, en orden a cumplir la voluntad de Dios: «Aquí vengo para cumplir tu voluntad*.

Pero es oblación no sólo como estadio previo para conocer la propia vocación o voluntad divina sobre nosotros (oblación del Rey Temporal), sino como *actitud oblativa* mantenida como alma del *cumplimiento de la voluntad de Dios* ya conocida o de la propia vocación (EJERCICIOS ESPIRITUALES, Contemplación para alcanzar amor: "a sí mismo con ellas"). Así da unidad y sentido a toda la vida cristiana, constituyendo el corazón redentor con que se vive a semejanza de la vida de Cristo sobre la tierra y participando de la oblación actual de Cristo glorioso y sacramentado.

Hablamos en todo esto de una inmolación total. Y no simplemente de una actividad intercesora o de oración de petición. Es conveniente aclararlo. Es legítimo orar y pedir. Pero la *oración* no es -formalmente al menos- *inmolación*. En cambio la inmolación de la Iglesia, en la condición concreta en que se hace por la salvación del mundo, es siempre impetración e intercesión. Y se expresa espontáneamente en una fórmula de peticiones, como las que acompañan al Sacrificio Eucarístico, pero muchas veces expresadas a lo largo del día, y aprovecha el valor impetratorio que tienen todas las obras buenas, en fuerza del corazón redentor y de la oblación personal con que los vive.

El ofrecimiento de sí mismo es la actuación del sacerdocio común de la Iglesia, comunicado por el bautismo. En efecto, por el bautismo se da a los fieles la triple función sacerdotal, profética y regia. Es resultado de la unción del espíritu Santo. Esas funciones no se dan en orden a una actividad cúllica desencarnada y alienada; sino en orden a perpetuar la función mesiánica de Cristo por la salvación del mundo.

Por tanto, en fuerza de esa unción sacerdotal el fiel se hace capaz de ofrecer la Eucaristía y de *ofrecer el sacrificio de sí mismo* unido a la Eucaristía, cosa que no podría hacer si no tuviera el sacerdocio.

En el momento del bautismo se le da la unción sacerdotal, y, apenas dotado de la unción sacerdotal, se ofrece a sí mismo en unión con Cristo como víctima viva de la salvación del mundo. Como no hubo un momento de la vida de Cristo en que él no se ofreciera a sí mismo como víctima por la redención de la humanidad, de una manera parecida se identifica el *ser cristiano* con el *ser ofrecido con Cristo por la redención del mundo*. Con la exigencia, evidentemente, de una *acción profética*, de una coherencia de la vida.

Pero, al mismo tiempo que recibe el sacerdocio común participado de Cristo, recibe también el *corazón sacerdotal* con que viva ese sacerdocio y esa victimación esenciales. Toda la vida del cristiano tendrá valor redentor en la medida en que lo viva como sacrificio espiritual con corazón redentor. Ese corazón redentor lo forma en nosotros el Espíritu Santo. Y podemos señalar como características las siguientes:

- Sentirse uno con Dios y con los hombres por amor. Conciencia de la sociedad entre nosotros y con el Padre y el hijo.
- La comunión de los Santos.
- Sintonía con Jesucristo resucitado vivo de corazón palpitante.
- Una verdadera amistad con él, que nos identifica con sus sentimientos, proyectos, ansias redentoras y nos introduce en su corazón actual.
- Horizonte universal de salvación que se extiende a todos los hombres.
- Anhelos de la extensión del Reino de Cristo: *Adveniat regnum tuum!*
- Amor redentor, como el de Cristo, que nos mueve a ofrecer el Sacrificio de Cristo y a ofrecer nuestra vida, hasta la muerte misma, en unión con él por la redención del mundo.

Cultivar la ofrenda espiritual permanente (Canon III) manteniendo vivo el corazón sacerdotal, es el objetivo primario del Apostolado de la Oración. A esta luz aparece claramente la estrecha vinculación del Apostolado de la Oración con la vivencia y culto del Misterio del Corazón de Cristo, vinculación que, en el orden de los hechos, la historia atestigua ampliamente.